

LOS POETAS MALDITOS

PAUL VERLAINE

I. Tristan Corbière

Tristan Corbière era un bretón, un marino y el desdeñoso por excelencia, caudal triple. Era un bretón sin asomo de práctica católica, pero creyente endiablado. Nada tenía de marinero ni de militar, menos aún de mercader; tan sólo, furioso amante del mar, era el jinete de su excesivo ímpetu, y en la más briosa de las grupas montaba en horas de tormenta. (Cuéntanse de él prodigios de loca imprudencia.) Despreciaba el Éxito y la Gloria hasta el punto de aparentar retarles, y creía eran imbéciles en cuanto al poder de moverle a compasión, tan sólo fuera un instante.

Dejemos al hombre que tan alto estuvo, y hablemos del poeta.

Como rimador y prosista, nada tiene de impecable, es decir, de abrumador y cargante. Ninguno de los Grandes como él ha sido impecable, desde Homero, que dormita a veces, hasta Goethe, el muy humano (digan lo que quieran), pasando por Shakespeare, algo más que irregular... Los impecables son Fulano y Zutano. Tarugos y leños. Corbière era un ser de carne y hueso. Así como suena.

Sus versos viven, ríen, lloran poco, se mofan a las mil maravillas y se chancean aún mejor. Además es salobre y amargo como su muy querido Océano, y a diferencia de este su turbulento amigo, no breza a ningún momento, sino que revuelve siempre los rayos del sol, los de la luna y los de estrellas en la fosforescencia de la marejada y de las enfurecidas olas.

Llegó un momento en que se hizo hombre de París, pero sin espíritu sucio y mezquino. ¡Hipos, vómitos, ironía feroz y rozagante, conversión de la fiebre y de la bilis, exasperadas en genio, alegría suprema e inverosímil!

Ejemplo:

AUXILIO

Si tú, guitarra mal templada,
 kriss indio, bárbaro tres veces,
 caja en los suplicios versada,
 con mi pobre voz no enalteces
 la dulzura de mi martirio,
 y tú, cigarro, si a otros yerros
 no me llevas, cual faro o cirio...
 – ¡Maldito este oficio de perros...!
 Si la tromba de mi amenaza
 pasajera cuando maldigo,
 todo lo enturbia o deslavaza,
 – La mudez sea conmigo...
 Y si es mi alma un encendido
 mar que no tiene ola ni brisa,
 – Por estar helado y cocido...
 escurro el bulto a toda prisa.

Antes de pasar al Corbière que preferimos –aun cuando estemos chiflados por todos sus aspectos–, es menester insistir en el Corbière parisiense, en el Desdeñoso y el Chancero de todo y de todos, incluso de sí mismo.

Leed todavía este

EPITAFIO

Se extinguió de entusiasmo y murió de pereza;
 si vive es por olvido; no ser en una pieza
 él mismo y su querida fue su única tristeza.
 No nació de ningún modo;
 va donde el viento le deja;
 es cual bazofia compleja,
 mezcla adúltera de todo.
 Hecho de “qué se yo”. Un lince
 en cuanto a vista. Oro y poco dinero.
 Muchos alimentos y... un esguince
 si el brío ha de ser duradero.
 Un alma inmensa para quien no tiene violón.
 Demasiado amor para un mal garañón.
 Muchos hombres y... ninguna demostración.

Omitimos trozos de los más regocijantes.

.....
 Sin empaque. Sólo engreído
 por lo único. Cínico y bobo.
 Creyendo a todos, descreído.
 Gustó el hastío con arrobo.

Alma seca, beoda mollera.
 Tan suyo, que a sí mismo era
 fuerza el poderse tolerar;
 murió mirándose vivir,
 y por no saber acabar
 vivió dejándose morir.
 Aquí yace este corazón,
 flor de fracaso y perfección.

Desde luego, sería menester citar toda la parte correspondiente del volumen, o el tomo entero, o mejor aún, reeditar la obra única, *Los amores amarillos* (Glady frères), publicada en 1873, hoy difícil o imposible de hallar (reedición Messein), en la cual Villon y Piron se solazarían viendo un rival a menudo afortunado, y los más ilustres de los verdaderos poetas contemporáneos encontrarían un maestro, cuando menos de su talla.

¡Y eso que aún no queremos abordar al bretón y al marino sin poner de manifiesto algunos versos sueltos de la parte de *Los amores amarillos* a que hacemos mención!

Acerca de un amigo a quien mató la bebida, el postín o la tisis, dijo: “Aquel que tan alto silbó el falsete de su cancioncilla”.

Probablemente, a propósito del mismo era aquello:

Cuán exacto a sí mismo era el mancebo fuerte.
 Áspero con la vida, dulce con sus ensueños.
 Y cuán bien y con cuántos pensamientos
 risueños erguía la cabeza o la doblaba inerte.

También este soneto endiablado, de un ritmo tan bello:

HORAS
 Tenga limosna el malandrín,
 un hurgón el espadachín;
 humille la mala mirada
 otra peor. Mi alma no se halla inmaculada.
 Soy el orate de Pamplona.
 Temo a la luna, hipocritona,
 que ríe bajo el negro crespón.
 Todo está bajo un apagaluces. ¡Maldición!
 Oigo un estruendo de carraca.
 La hora suprema se destaca.
 Caen campanadas fúnebres en la noche a compás.
 Escucho más de catorce horas.
 Lágrimas son las horas. ¡Lloras,
 corazón mío! ¡Anda, canta...! No cuentes más.

Entre paréntesis, admiremos humildemente este lenguaje robusto, simple en su brutalidad, encantador, pasmosamente correcto, a la par que toda la ciencia del verso que hay, en el fondo, y el tesoro de la rima rara, por no decir rica hasta el exceso.

Y ya es hora de que hablemos de un Corbière más magnífico aún.

¡Vaya un bretón de cepa dando muestras inconfundibles de su estirpe! ¡Cómo se ve al hijo del monte bajo, del encinar y las riberas! ¡Y cuán arraigado tenía aquel falso escéptico alarmante el recuerdo y el cariño de las fuertes creencias, asaz supersticiosas, de sus rudos y tiernos compatriotas de la costa!

Escuchad, o mejor, echad una mirada, o si preferís, escuchad (ante él, ¿cómo expresaremos nuestras sensaciones?) estos fragmentos, tomados al azar, de su *Perdón de Santa Ana*:

.....

Madre de talla desigual,
duro y buen corazón de roble,
bajo el oro de tu brial
hay un alma bretona y noble.
Faz vieja y verde, desgastada
como la piedra del torrente
por la lágrima enamorada
y el llanto sangriento y ardiente.

.....
Madre de la Virgen divina,
cayado de ciego. Muleta
de las viejas. Dulce madrina
del pobre y del niño de teta.
Flor de la nueva doncellez,
fruto de la fecunda esposa
y consuelo de la viudez
prolongada y menesterosa.

.....
Apiádate de la madre-hija
y el niño, que en la senda están;
que si alguien les tira la guija
las piedras se cambien en pan.

Es imposible reproducir más de ese *Perdón*, teniendo en cuenta los restringidos límites que nos hemos impuesto. Mas nos parecería mal despedirnos de Corbière sin ofrecer completo el poema, que encierra todo el mar, titulado

EL FIN

¡Cuántos hombres del mar, oh, cuántos capitanes!
VICTOR HUGO.

Todos –los capitanes como los marineros–
para siempre en el grande Océano han caído.
Se fueron inconscientes según sus derroteros
y han muerto –exactamente como habían partido.
Tal es su oficio que han muerto con las botas
puestas, en sus capotes envueltos, y unas gotas
de aguardiente en el alma. Mas la Desnarigadano
se acuesta con ellos; es más bien su criada.
No son muertos. Enteros van en las olas rotas
bajo la turbonada.
¿Se parece a la muerte un turbión? El velamen
batido por el agua: Tal es *cabecear...*
y si la arboladura a las olas que braman
azota derribada: Eso es *zozobrar...*
Analizad el término *zozobrar...* Vuestra “Muerte”
es muy poquita cosa bajo el temporal fuerte.

Al marino que lucha no le produce efecto
y sonríe con pena... ¡No debes estorbar,
fantasma! Ya la muerte toma mejor aspecto:
¡El mar...!
Ellos no son *ahogados*, pues los ahogados son
de agua dulce. No; echados a pique. El estrago
alcanza vida y bienes. Con una maldición
escupen el chicote en un estertor vago
y beben sin arcadas *el más amargo trago*
como al beber el bucarón...
Ni tumbas de seis pies, ni ataúdes, ni ratas.
Del tiburón son pasto, y su alma, al quedar sola,
en vez de rezumarse en míseras patatas,
respira en cada ola.
La marejada sigue sublevando la onda.
Parece el vientre inquieto de amor y de embeleco
de alguna prostituta embriagada y cachonda...
¡Para todos hay hueco!
Escuchad, escuchad la tormenta que brama.
Ese es su aniversario repetido. ¡Poeta,
guárdate tus romances de ciego, porque clama
el mejor *De profundis* el viento en su trompeta!
Dejadles en los ámbitos en donde sólo yerra
la muerte de los hombres desnudos y cobrizos
sin féretro, sin cirios... ¡Zascandiles de tierra,
dejad que siempre boguen, pobres advenedizos!

II. Arthur Rimbaud

Con gozo hubimos de conocer a Arthur Rimbaud. Hoy, muchas cosas nos separan, sin que, claro está, haya nunca faltado o disminuido nuestra profunda admiración por su genio y su carácter.

En aquella época, relativamente lejana, de nuestra intimidad, Arthur Rimbaud era un niño de dieciséis o diecisiete años, ya por entonces afianzado a todo el caudal poético, que sería menester que el público conociera, y del cual ensayaremos un análisis al tiempo que citemos cuanto nos sea posible.

Físicamente era alto, bien conformado, casi atlético; su rostro tenía el óvalo del de un ángel desterrado; los despeinados cabellos eran de un color castaño claro y los ojos de un azul pálido inquietante. Como era de las Ardenas, además de un lindo dejo del terruño, pronto perdido, poseía el don de la asimilación rápida, propio de sus paisanos, y esto puede explicar la pronta desecación de su numen (*veine*) bajo el sol insulso de París (hablemos como nuestros antepasados, cuyo lenguaje directo y pulcro, al fin y a la postre, no estaba tan mal).

Empezaremos por la primera parte de la obra de Arthur Rimbaud, producto de la más tierna adolescencia –¡sublime erupción, maravillosa pubertad!– y luego, examinaremos las diversas evoluciones de este espíritu impetuoso, hasta su literario fin.

Abramos aquí un paréntesis y, por si estas líneas caen casualmente bajo su mirada, sepa Arthur Rimbaud que nosotros no juzgamos los móviles de los hombres, y tenga por segura nuestra aprobación (y nuestra negra tristeza también) de su abandono de la poesía, supuesto que este abandono haya sido para él lógico, honesto y necesario, lo cual no dudamos.

La obra de Rimbaud, remontándose al periodo de su extrema juventud, es decir, a 1869, 70 y 71, es asaz abundante y formaría un respetable volumen. Se compone de poemas generalmente cortos, letrillas, sonetos, o composiciones de cuatro, cinco o seis versos. El poeta nunca emplea el pareado heroico (*rime plate*). Su verso, firmemente encajado, usa de pocos artificios; hay en él pocas cesuras literarias y no *cabalga*. La selección de palabras es siempre exquisita, a veces pedante adrede. El lenguaje es preciso y permanece claro aun cuando la idea suba de color o el sentido se oscurezca. Las rimas son muy honorables.

No podríamos justificar mejor lo que decimos sino presentando al lector el soneto de las

VOCALES

A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul: vocales,
 diré algún día vuestros latentes nacimientos.
 Negra A, jubón velludo de moscones hambrientos
 que zumban en las crueles hediondecas letales.
 E, candor de neblinas, de tiendas, de reales
 lanzas de glaciador fiero y de estremecimientos
 de umbrellas; I, las púrpuras, los esputos sangrientos,

las risas de los labios furiosos y sensuales.
 U, temblores divinos del mar inmenso y verde.
 Paz de las heces. Paz con que la alquimia muerde
 la sabia frente y deja más arrugas que enojos.
 O, supremo clarín de estridores profundos,
 silencios perturbados por ángeles y mundos.
 ¡Oh, la Omega, reflejo violeta de *sus* ojos!

La Musa (¡vivan nuestros padres!), la Musa, decimos, de Arthur Rimbaud toma todos los tonos, pulsa todas las cuerdas del harpa, rasguea en las de la guitarra y acaricia el rabel con el más ágil de los arcos.

Arthur Rimbaud es zumbón y maligno socarronamente como nadie cuando le conviene, sin dejar de ser por ello ese gran poeta que es por la gracia de Dios.

Pruebas son la *Oración de la tarde* y *Los sentados*, dignos de que nos arrodillemos.

ORACIÓN DE LA TARDE

Como a un ángel que afeitan, vivo siempre sentado,
 empuñando algún vaso de profundas estrías;
 doblado el hipogastrio, miro cómo han zarpado
 del puerto de mi pipa tenues escampavías...
 Cual cálida inmundicia que un palomar ha hollado,
 me abrasan dulcemente múltiples fantasías
 y es mi corazón triste, árbol ensangrentado
 por los jaldes resinas doradas y sombrías.
 Cuando agoto mis sueños de bebedor asiduo
 de cuarenta cuartillos, sin ningún sobresalto
 me recojo y expulso el ácido residuo.
 Tierno como el Señor del cedro y los hisopos,
 meo hacia el cielo oscuro, muy lejos y muy alto,
 con venia y beneplácito de los heliotropos.

Necesita la composición *Los sentados*, para su perfecta comprensión, que refiramos un hecho explicativo.

Arthur Rimbaud era por entonces alumno “de segunda” en el liceo de... y era muy aficionado a hacer novillos, fumándose las clases. Cuando –al fin– se cansaba de zancajear día y noche por montes, bosques y llanos –¡vaya un andarín!–, llegaba a la biblioteca de la ciudad que callo y pedía obras malsonantes para los oídos del jefe bibliotecario, cuyo nombre, poco requerido por la posteridad, baila en la punta de mi pluma. Mas ¿para qué nombraría yo a semejante metemuertos en este trabajo maledictino?

El excelente burócrata, que estaba obligado por sus funciones a servir los pedidos de Rimbaud, consistentes en numerosos cuentos orientales y *libretti* de Favart, alternados con mamotretos científicos raros y antiguos, renegaba al tener que “levantarse” por semejante chicuelo y le recomendaba se atuviera a Cicerón, Horacio y también a algunos griegos. El

muchacho, que conocía y, sobre todo, apreciaba a los clásicos mejor que el mismo carcamal, acabó por incomodarse, y así hizo la obra maestra en cuestión:

LOS SENTADOS

Picados de viruelas, cubiertos de verrugas,
con sus verdes ojeras, sus dedos sarmentosos,
la coronilla ornada de costras y de arrugas
cual las eflorescencias de los muros ruinosos.
En idilio epiléptico han logrado injertar
su osamenta a los grandes esqueletos oscuros
de las sillas; ni un día han podido apartar
los pies de los barrotes raquíuticos y duros.
Con el temblor doliente de sapos que tiritan,
los vejetes están al asiento trenzados,
junto al balcón en donde las nieves se marchitan
o entra el sol que los pone tan apergaminados.
Y con ellos los sórdidos sillones condescienden;
cede la paja sucia cuando alguno se sienta;
las almas de los idos días de sol se encienden
en las trenzas de espigas donde el grano fermenta.
Y sus dedos pianistas van ensayando a solas,
debajo del asiento, redobles de tambor,
mientras oyen gotear las tristes barcarolas
y sus chollas oscilan con balances de amor.
¡No hagáis que se levanten! Sucede algo espantoso;
se yerguen y enfurruñan cual gatos acosados,
y entreabre sus omóplatos el berrinche rabioso
que infla sus pantalones con frunces ahuecados.
En la paredes dan con sus cabezas mondas
y arrastran los torcidos monstruosos piececillos.
Llevan unos botones como pupilas hondas
que fascinan las nuestras en los negros pasillos.
Invisible, su mano se complace, homicida.
Se filtra en su mirada el veneno feroz
de los ojos pacientes de la perra tundida,
y trasudamos, víctimas en el aprieto atroz.
Se vuelven a sentar; con los puños crispados
piensan en los que llegan y el reposo les quitan,
y bajo los mentones secos y desmedrados
los racimos de amígdalas se inflaman y se agitan.
Y al cerrar sus viseras el austero letargo,
en el ensueño abrasan sillas embarazadas
y ven proles o crías de asientos a lo largo
de mesas de despacho por ellas rodeadas.
Flores de tinta escupen comas igual que células
de polen, y los mecen tiernas y acurrucadas,
cual fila de gladiolos a un vuelo de libélulas

- y excítanles el pene espigas aristadas.

Teníamos afán de reproducir este poema, tan sabia y fríamente extremado, con toda integridad, hasta el último verso, tan lógico y de un atrevimiento tan feliz. Así, el lector puede darse cuenta del poder de ironía, del terrible numen del poeta, cuyos dones más elevados aún no hemos considerado, dones supremos, magnífico testimonio de la Inteligencia, prueba arrogante y francesa, muy francesa –insistimos en ello en estos días de cobarde internacionalismo–, de superioridad natural y mística de raza y casta, incontestables afirmaciones del poderío inmortal del Espíritu, del Alma y del Corazón humanos; a saber: la Gracia, la Fuerza y la gran Retórica, negada por nuestros interesantes, sutiles y pintorescos (estrechos y más que estrechos) Naturalistas limitados de 1883.

En cuanto a Fuerza, he aquí una muestra en las composiciones insertas; pero está todavía tan revestida de paradoja y de temible buen humor, que más bien parece disfrazada. Volveremos a topar con ella al final del presente trabajo y la hallaremos completamente bella y pura. Por ahora, nos halaga la Gracia, una gracia particular, hasta hoy desconocida, en la que lo extraño y lo insólito salan y encienden con especias la extremada dulzura, o sea la simplicidad divina del pensamiento y del estilo.

En ninguna parte, en literatura alguna, hemos hallado algo tan tierno y tan bravío a la vez, tan amablemente caricaturesco y cordial, tan bueno como el raudal franco, sonoro, magistral de

LOS BOQUIABIERTOS
 Niños mendigos. Ha nevado.
 Al tragaluz iluminado
 los pobres van
 porque les trae al retortero
 el ver cómo hace el panadero
 el rubio pan.
 Miran la masa gris en torno
 del brazo blanco que del horno
 es auxiliar.
 El panadero el buen pan cuece,
 la sonrisa en su boca mece
 algún cantar.
 Apretaditos, ni uno alienta
 junto al ventano que calienta
 como un regazo.
 Cuando al hacer una ensaimada
 saca el pan áureo de la hornada
 el fuerte brazo,
 cuando al cobijo del ahumado
 techo, el cuscurro perfumado
 canta muy bajo
 y a ellos les llega la vaharada
 está su alma deslumbrada

bajo el andrajo.
 Sienten que aquello da la vida
 bajo la escarcha a su aterida
 faz de angelotes;
 sus hociquitos como rosas
 entre las rejas dicen cosas
 a los barrotes.
 Y tanto rezan sus plegarias
 al entrever las luminarias
 del cielo abierto,
 que desgarran sus pantalones
 y hace que tiemblen sus faldones
 el aire yerto.

¿Qué me decís de esto? Nosotros, al encontrar en otro arte las analogías que la originalidad de este pequeño cuadro nos prohíbe buscar entre todos los posibles poetas, afirmamos que es algo –mejor y peor a un tiempo– como lo que Goya hizo. No os quepa la más leve duda de que, si Goya y Murillo fueran consultados, me darían la razón.

Arte y lienzo y alma de Goya son también *Las Espulgadoras*, pero de una grotesca luz exasperada, blanco sobre blanco, con efectos azules o rosados y de una pincelada singular rayana en lo fantástico. ¡Mas cuán superior es siempre al pintor el poeta que cuenta con la alta emoción y el canto de las buenas rimas!

LAS ESPULGADORAS

Cuando la infantil frente en su roja tormenta
 implora el blanco enjambre de los sueños borrosos,
 sus dos hermanas llegan y cada una ostenta
 las uñas argentinas de sus dedos graciosos.
 Sientan al niño enfrente de una ventana abierta,
 al aire azul que baña las abundantes flores
 y por su pelamesa de rocío cubierta
 pasan sus dedos crueles, finos, encantadores.
 Y sus respiraciones furiosas y furtivas
 con la miel de sus rosas le rozan sin cesar.
 Solamente su soplo interrumpen salivas
 chupadas por los labios o ganas de besar.
 De las negras pestañas escucha las cadencias
 en las pausas fragantes y, eléctricos y flojos,
 siente que dan los dedos con grises indolencias
 entre las regias uñas la muerte a los piojos.
 Da el vino de la dulce Pereza su delicia
 con acordes de harmónica que puede delirar
 y el niño siente, al lento compás de la caricia,
 cómo nacen y mueren las ganas de llorar.

Hasta la irregularidad de rima de la primera estrofa, hasta la última oración que queda suspendida y cortada a pico, sin conjunción con la anterior y rematada con el punto final, todo contribuye por la ligereza de bosquejo y el temblor de factura al delicado encanto de este trozo. Sobre todo en algunos versos que parecen prolongarse en ensueño y música, ¿no es cierto que su balanceo rítmico es de estirpe lamartiniana? Hasta propia de Racine – osaríamos decir– y también ¿por qué no habríamos de confesar que es a veces virgiliana?

Muchos otros ejemplos de ese donaire exquisitamente perverso o casto con que nos enajenamos y arrobamos nos tientan ahora, pero los límites normales del siguiente ensayo, de por sí extenso, nos obligan a pasar por alto muchos milagros de delicadeza, y de ese modo entraremos en el imperio de la Fuerza esplendida desde donde nos requiere el mágico

BARCO EBRIO

Yo sentí al descender los impasibles Ríos
que ya no me sirgaban mis conductores rudos;
de blanco a pieles-rojas chillones y bravíos
sirvieron en los postes, clavados y desnudos.
Por las tripulaciones nunca tuve interés
y cuando terminó la cruel algarabía,
a mí, barco de trigo y de algodón inglés,
me dejaron los Ríos ir adonde quería.
Bogué en un cabrilleante furor de marejadas
más sordo e insensible que meollo de infantes
y las viejas Penínsulas por el mar desgajadas
no han sufrido vaivenes más recios y triunfantes.
La tempestad bendijo mi despertar marino.
Diez noches he bailado más leve que un tapón
sobre olas que a las víctimas abrían el camino,
sin lamentar la necia mirada de un farón.
Cual para el niño poma modorra, regodeo
fue para el agua verde este casco de pino;
dispersando el timón y perdiendo el arpeo
me lavó de inmundicias y de manchas de vino.
Desde entonces me baña el poema del mar
lactascente, infundido de astros; muchas veces,
devorando lo azul, en él se va pasar
un pensativo ahogado de turbias palideces.
Algo tiñe la azul inmensidad y delira
en ritmos lentos, bajo el diurno resplandor.
Más fuerte que el alcohol, más vasta que una lira
fermenta la amargura de las pecas de amor.
He visto las resacas, la tormenta sonora,
las corrientes, las mangas -y de todo sé el nombre-;
cual vuelo de palomas a la exaltada aurora,
y alguna vez he visto lo que cree ver el hombre.
Yo he visto al sol manchado de místicos horrores,
alumbrando cuajados violáceos sedimentos.

Cual en dramas remotos los reflujos actores
lanzaban en un vuelo sus estremecimientos.
Soñé en la noche verde de espuma y nieve ahita
-en los ojos del mar, lentos besos de amor-
y en la circulación de la savia inaudita
que arrastra áureo y azul, al fósforo cantor.
Asaltando arrecifes, un mes tras otro mes,
seguí a la marejada histérica y vesánica,
sin creer que las Marías con sus fúlgidos pies
cortaran el resuello a la jeta oceánica.
¡No sabéis... ! Dí con muchas increíbles Floridas,
con ojos de panteras y con pieles humanas
mezclábanse arcos-iris, tendidos como bridas,
al rebaño marino de las verdosas lanas.
He visto fermentar las enormes lagunas
en cuyas espadañas se pudre un Leviathán
y he visto, con bonanza, desplomándose algunas
cataratas remotas que a los abismos van...
Vi el sol de plata, el nácar del mar, el cielo ardiente,
horrores encallados en las pardas bahías
y mucha retorcida y gigante serpiente
cayendo de los árboles, con fragancias sombrías.
Quisiera yo enseñar a un niño esas doradas
de la onda azul. pescados cantores, rutilantes...
Me bandijo la espuma al salir de las radas
y el inefable viento me elevó por instantes...
Fui mártir de los polos y las zonas hastiado,
el sollozo del mar dulcificó mi arfada;
con flores amarillas ventosas fui obsequiado,
y me quedé como una mujer arrodillada.
Igual que una península llevaba las disputas
y el fimo de chillonas aves de ojos melados,
y mientras yo bogaba, de entre jarcias enjutas
bajaban a dormir, de espaldas, los ahogados.
Y yo, barco perdido entre la cabellera
de ensenadas, al éter echado por la racha,
no merecí el remolque de anseáticas veleras
ni de los monitores, nave de agua borracha.
Humeante, libre, ornado de neblinas violetas
segué el cielo rojizo con brío de segur
llevando -almíbar grato a los buenos poetas-
mis líquenes de sol y mis mocos de azur.
Las lúnulas eléctricas me fueron recubriendo,
almadía, escoltada por negros hipocampos.
Las ardientes canículas golpearon abatiendo
en trombas, a los cielos de ultramarinos lampos.
Yo que temblé al oír a través latitudes

el rugir de los Behemots y los Maelstroms en celo,
 eterno navegante de azuladas quietudes,
 por los muelles de Europa ahora estoy sin consuelo.
 Yo vi los archipiélagos siderales que el hondo
 y delirante cielo abren al bogador.
 ¿Te recoges tú y duermes en las noches sin fondo,
 millón de aves de oro, venidero Vigor?
 El acre amor me ha henchido de embriagador letargo.
 Lloré mucho. Las albas son siempre lacerantes.
 Toda luna es atroz y todo sol amargo.
 ¡Que se rompa mi quilla y vaya al mar cuanto antes!
 Si yo ansío algún agua de Europa es la del charco
 negro y frío en el cual, al caer la tarde rosa,
 en cuclillas y triste, un niño suelta un barco
 endeble y delicado como una mariposa.
 Ya nunca más podré, olas acariciantes,
 aventajar a otros transportes de algodón,
 ni cruzando el orgullo de banderas flameantes
 nadar junto a los ojos horribles de un pontón.

¿Y qué opinión formularíamos acerca de *Las primeras comuniones*, poema demasiado largo para tener lugar aquí, sobre todo después de tanto exceso en las citas, y del cual, por otra parte, detestamos el fondo por parecernos que deriva de un malhadado contacto con el Michelet senil e impío, aquel Michelet de debajo de la ropa sucia de las mujeres, ínfimo Parny (al otro Michelet nadie le adora como nosotros)? Sí, ciertamente, ¿qué parecer emitiríamos acerca de este trozo colosal que no fuera confesar que en él nos placen la sabia disposición y todos los versos sin excepción alguna? Los hay como éstos:

Los cielos veteados de verde, en los finales
 latinos, de las Frentes bañan el arrebol
 y manchados con sangres de pechos celestiales
 los grandes velos níveos caen sobre cada sol.

París se repuebla, composición escrita después de la “Semana sangrienta”, es un hervidero de bellezas:

.....
 ¡Tapad palacios muertos con vallas maderas!
 Los viejos días vuelven ofreciendo a los ojos
 el rebaño de las que retuercen las caderas.

 Cuando tan rudamente en las iras danzaras,
 París, y te asestara tanta herida el puñal;
 cuando yaces, guardando en tus pupilas claras
 algo de la bondad de un retoño vernal.

En este orden de ideas, *Los que velan*, poema que –¡ay!– ya no está en nuestro poder ni nuestra memoria podría reconstituir, nos dejó la impresión más fuerte que en la vida unos versos puedan habernos causado. ¡En ellos hay tanta vibración, amplitud y tristeza sacrosanta! ¡Persiste tal acento de desolación sublime, que nos atrevemos a creer que es lo mejor –y con mucho– de lo que ha escrito Arthur Rimbaud!

Muchas otras composiciones de primer orden han estado en nuestras manos, mas un avieso azar y un torbellino de viajes un tanto accidentados han hecho que las perdamos. Así es que, requerimos es estas líneas a todos los amigos conocidos o desconocidos que poseyeran *Los que velan*, *En cuclillas*, *Los pobres en la Iglesia*, *Los despertadores de la noche*, *Los aduaneros*, *Las manos de Juana María*, *Hermanas de la Caridad*, y cuantas cosas fueron firmadas por el prestigioso nombre, para que tengan la bondad de proporcionárnoslas por si llegara el caso probable de que el presente trabajo debiera completarse. En nombre del decoro de las Letras les reiteramos nuestra súplica. Los manuscritos serán devueltos religiosamente a sus generosos propietarios, en cuanto se haya tomado copia de ellos.

Y ya es hora de pensar en terminar esto que sólo por las excelentes razones que siguen ha tomado tales proporciones.

El nombre y la obra, tanto de Corbière como de Mallarmé, están asegurados por los siglos de los siglos; el nombre sonará en los labios de los hombres y en la memoria de los que sean dignos de ello también cantará su obra. Corbière y Mallarmé publicaron pequeña cosa inmensa. Rimbaud, harto desdeñoso, más desdeñoso aún que Corbière, quien por lo menos le dio al siglo con su volumen en las narices, nada ha querido publicar de sus versos.

Tan sólo una composición, reprobada y desautorizada por él mismo, fue inserta sin que él lo supiera –cosa bien hecha– en el primer año del *Renacimiento*, hacia 1873. Se titulaba *Los cuervos*. Los curiosos podrán saborear algo patriótico, pero con patriotismo del bueno, aunque aquello no es todo. Por nuestra parte nos enorgullecemos de ofrecer a nuestros contemporáneos inteligentes buena ración de una dulce golosina: versos de Rimbaud.

Si le hubiéramos consultado a él (sébase que ignoramos su dirección, inmensamente vaga, además) probablemente nos hubiera desaconsejado de emprender esta tarea por lo que a él le atañe. ¡Así, se maldijo a sí mismo este Poeta Maldito! Pero la amistad y la devoción literarias que siempre le otorgaremos nos han dictado estas líneas induciéndonos a indiscreción. ¡Peor para él! Tanto mejor –¿no es cierto?– para vosotros. Del tesoro olvidado por su poseedor más que frívolo, no se habrá perdido todo, y si es que cometemos en ello un crimen, entonces *felix culpa!*

Después de alguna permanencia en París y de diversas peregrinaciones más o menos aterradoras, Rimbaud cambió de rumbo y trabajó (él) en lo ingenuo, y ya en el plano de lo muy sencillo adrede, no usó más que asonancias, palabras vagas, frases infantiles o populares. Así consiguió prodigios de tenuidad, de verdadero matiz débil, de encanto inapreciable, a fuerza de ser delgado y sutil.

¡Ha reaparecido!
 ¿Qué? La eternidad.
 Con todos los soles
 se ha marchado el mar.

Pero el poeta desaparecía –nos referimos al poeta correcto, en el sentido un poco especial del vocablo.

Se convertía en un prosista sorprendente. Un manuscrito cuyo título no recordamos y que contenía extraños misticismos y agudísimos atisbos psicológicos, cayó en unas manos que le extraviaron sin darse cuenta de lo que hacían.

Una temporada en el Infierno, publicada en Bruselas, en 1873, por la casa Poot y C., calle de las Berzas, num. 37, se hundió totalmente en un monstruoso olvido, por no haber preparado el autor el más insignificante *bombo*. Tenía que hacer más y mejores cosas.

Recorrió todos los continentes, todos los océanos, pobre y altivamente (rico, además, si hubiera querido, por su familia y su posición) después de haber escrito, también en prosa, una serie de soberbios trozos con el título de *Las Iluminaciones*, creo que para siempre perdidos.

Dijo en su *Temporada en el Infierno*: “Ya he hecho mi jornada. Me voy de Europa. El aire marino quemará mis pulmones; me tostarán los perdidos climas.”

Esto está muy bien, y el hombre cumplió su palabra. El hombre que Rimbaud lleva dentro es libre, bien claro está, y ya se lo concedimos al empezar con una reserva legítima que acentuaremos al resumir. Pero en cuanto a este loco poeta, ¿no tuvo razón al aprisionar a esa águila y ponerla en esta jaula, con la presente etiqueta? ¿Y no podríamos, por añadidura, y supererogación (si es que la Literatura ha de ver consumarse semejante pérdida) exclamar con Corbière, su hermano mayor, no el mayor de sus hermanos, irónicamente?, no; ¿melancólicamente?, sí; ¿furiosamente?, ya lo creo; aquellos versos:

El óleo santo
 se apagó ya,
 ¿ya se ha apagado
 el sacristán?

III. Stéphane Mallarmé

No hace mucho tiempo escribimos, en un libro que no se publicará, a propósito del *Parnaso contemporáneo* y de sus principales redactores:

“Un poeta, y no el menor, pertenecía a este grupo”.

“Vivía entonces en provincias de un empleo de profesor de inglés, pero sostenía con París frecuente correspondencia. Proporcionó al Parnaso versos de una novedad que escandalizó a los periódicos. Preocupado –¡en verdad!– de la belleza, consideraba la claridad como un don secundario, y con tal que su verso fuera numeroso, musical, raro y, cuando era menester, lánguido o excesivo, burlábase de todo por agradar a los delicados, de los cuales él era el más descontentadizo. ¡Cuán hostilmente acogido por la crítica fue ese puro poeta, que permanecerá mientras haya una lengua francesa para atestiguar su gigantesco esfuerzo! ¡Cómo se encarnizó la burla en su “deliberada extravagancia”, según la manera de expresarse asaz indolente de un maestro fatigado, que quizá le hubiera defendido mejor en la época en que era el león, de tan buena dentadura como revuelta melena, del movimiento romántico! En las hojas festivas, “en el seno” de las Revistas graves, en todas partes, o en casi todas, vino a ser moda, tomándolo a chacota, el querer reintegrar al idioma al escritorio cabal, al sentimiento de lo bello al firme artista. De los más influyentes no faltaron majaderos que trataran de loco a aquel hombre. Un síntoma más acabó de honrarle: algunos escritores dignos de este nombre, hicieron la concesión de mezclarse a la incompetente publicidad. Se vio “permanecer estúpidos” a gentes de espíritu y de gustos altivos, maestros de la audacia justa y del gran sentido común –¡ay!– al señor Barbey d’Aurevilly. Irritado por la im-pa-si-bi-li-dad meramente teórica de las Parnasianos (era necesaria UNA consigna ante lo desgajado por combatir), aquel novelista maravilloso, polemista único, genial ensayista, el primero, sin duda, de nuestros prosistas reconocidos, publicó contra el Parnaso, en el Enano amarillo, una serie de artículos, en los que el ingenio más encarnizado y feroz sólo dejaba paso franco a la crueldad más exquisita; el medalloncito consagrado a Mallarmé fue particularmente bonito, pero de una injusticia tal que a cada uno de nosotros nos irritó más y peor que cualquiera de las afrentas personales. Mas, por otra parte, ¡qué importaban, y qué importan aún esos entuertos de la opinión a Stéphane Mallarmé y a aquellos que le quieren como se le debe querer (o detestar) –inmensamente!” (*Viaje de un francés por Francia. –El Parnaso contemporáneo*).

Nada hay que modificar en esta apreciación, de hace seis años apenas, y que además podría estar fechada con el día en que leímos por primera vez los versos de Mallarmé.

De entonces a esta parte, el poeta ha podido enriquecer su técnica, hacer más aún cuanto quería; ha permanecido idéntico a sí mismo –¡de ninguna manera estacionario, santo Dios!–, fulgente con una luz graduada –de amanecer a mediodía, de mediodía a siesta– normalmente.

Por eso queremos, esquivando por ahora el fatigar con nuestra prosa a nuestro corto público, ponerle ante los ojos un soneto y una *terza rima* antiguos e incógnitos –creemos– con los cuales, al punto, quedará subyugado por nuestro querido poeta y amigo en los

albores de su talento, cuando se adiestraba en todos los tonos con su incomparable instrumento.

INSTANCIA

Ha tiempo que he soñado, Duquesa, ser la Hebe
 que en jícara ríe si a tu beso se entrega.
 Yo no estoy en el Sèvres en que tu boca bebe,
 pues no soy más que un vate que ni aun abate llega.
 Rubia que a quien te peina, tu divino oro mueve
 a obras de orfebrería, puesto que éste no alega
 méritos y consigue que tu mirada leve
 desdeñe los bombones y el gozquejo que juega,
 nómbrame del rebaño de tus almibaradas
 sonrisas, que cual blancas ovejas amansadas
 pacen en corazones y balan indecisas.
 Nómbrame... que Boucher me pintará en un rosa
 abanico, arrullándolas con mi flauta amorosa.
 Nómbrame a mí, Duquesa, pastor de tus sonrisas.

¡Vaya una inapreciable flor de estufa! ¡Y de cuán gentil manera está cortada! De la poderosa mano del maestro artificio que forjaba.

EL MAL SINO

Dominando el rebaño de la humanidad horrenda,
 mostraban las hirsutas melenas por momentos
 los mendigos de azul, perdidos en la senda.
 Su estandarte agitaban encenizados vientos
 que en sí llevan del mar la divina hinchazón,
 y en torno a ellos abrían grandes surcos sangrientos.
 Retaban al Infierno, la frente ante el ciclón,
 y viajaban sin pan, sin cayado y sin urnas,
 chupando del amargo Ideal el limón.
 Casi todos murieron en barrancas nocturnas,
 embriagados de gozo al verse malheridos.
 La Muerte les besó las frentes taciturnas.
 Es ángel poderoso quien les tiene vencidos;
 enrojece el ocaso de su espada el fulgor,
 pero están sus espíritus por el orgullo henchidos.
 Ayer amamantados de Ensueño, hoy el Dolor
 les da el pecho. Al medir sus llantos voluptuosos
 se levanta su madre, se arrodilla en su honor
 el pueblo; les consuela el ser majestuosos.
 Mas a sus pies están los hermanos que humilla
 en martirio irrisorio de azares tortuosos.
 Surca el salobre llanto su pálida mejilla
 y tragan las cenizas con idéntico amor;
 la suerte les enroda, burlesca y ramploncilla.

Pudieron conseguir a toque de tambor
 de razas ojizainas falsa compasión tierna,
 Prometeos sin un buitre devorador.
 Mas no; viejos, frecuentan desiertos sin cisterna;
 caminan bajo el látigo de un espectro rabioso:
El Mal Sino. Sus mellas ríen si se prosterna
 la gente; él trepa encima, jinete pegajoso,
 y del torrente lleva al barrizal que enfanga
 y cambia en sucio orate al nadador brioso.
 Quien por tocar la propia bocina se remanga,
 gracias a él se verá por rapaces beñado,
 que soplando en sus puños remedan su charanga.
 Gracias a él, si quieren tentar un pecho ajado
 con flores que consiguen encender la impureza
 le nacerán babosas al ramo condenado.
 Gusanera es su axila, y en su monda cabeza
 lleva chapeo de plumas el esqueleto enano.
 Es, para ellos, el colmo de la humana tristeza,
 y si, zurrados, retan al perverso tirano,
 su estoque rechinando sigue al rayo de luna
 que bruñe la osamenta y la atraviesa en vano.
 Sin el orgullo austero de la mala fortuna,
 aunque quieren odiar, sólo guardan rencor;
 de la afrenta desdeñan tomar venganza alguna.
 Y así, son el sarcasmo de cualquier rascador
 de rabel, de los chicos, de la astrosa ralea
 que con la andorga huera danza de buen humor.
 Predican sabios vates vengadora pelea,
 y sin saber su mal, al verles fracasados,
 los juzgan impotentes, les niegan toda idea:
 “Pueden, sin recoger suspiros mendigados,
 cual se encabrita el búfalo que aspira la tormenta,
 saborear ahora males eternizados.
 De incienso embriagaremos al Fuerte porque alienta
 en lucha con los fieros serafines del Mal;
 cada farsante de éstos sin ropa roja intenta
 detenernos.” Y escupen su desprecio mortal
 al desnudo que implora, de inmensidad indigente.
 Y estos Hamlets ahítos de zozobra jovial
 a ahorcarse de un farol van ridículamente.

Por aquel tiempo, poco más o menos, pero evidentemente, más bien a un poco después que a un poco antes, se remonta la exquisita

APARICIÓN

La luna se afligía. Serafines llorando
 en la calma, entre flores vaporosas, soñando,

con el arco en los dedos, sacaban de sus violas
 sollozos que rozaban lo azul de las corolas.
 –De tu beso primero era el bendito día.
 Gustosa en torturarme mi vaga fantasía
 se embriagaba discreta con el perfume triste
 que, aun sin pensar ni dejo, tras cogerle, subsiste
 en aquel corazón que el Ensueño ha cogido.
 Con la mirada fija en el envejecido
 pavimento iba... Entonces, en tus rizos luciendo
 el sol de aquella tarde, apareciste riendo
 en la calle. Creí ver el sombrero nimbado
 del hada de mis sueños de niño muy mimado,
 cuando dejaban caer sus manos mal cerradas
 nieve de blancos ramos de estrellas perfumadas.

y también la menos venerable que adorable

SANTA

En la ventana está ocultando
 desdorados sándalos viejos
 de su viola resplandeciente
 –flauta o laúd en otro tiempo–,
 la pálida Santa que extiende
 el libro viejo que prodiga
 el Magnificat deslumbrante
 según las completas y vísperas.
 Roza el vitral de ese ostensorio
 el harpa alada de algún Ángel
 creada en el vuelo vespertino
 para el primor de su falange.
 Y deja el sándalo y el libro.
 y acariciante pasa el dedo
 sobre el plumaje instrumental
 la tañedora del silencio.

Estos poemas, absolutamente inéditos, nos llevan hasta la llamada era de publicidad de Mallarmé. Muy escasas composiciones, por desdicha, aparecieron en el primero y segundo de los Parnasos contemporáneos, en donde la admiración a su sabor puede hallarlas. *Las ventanas*, *El campanero*, *Otoño*, un fragmento bastante largo de sus *Herodías*, nos parecen lo supremo entre esas cosas supremas. No nos detendremos en citar algo impreso que esté tan ajeno a la obscuridad como al manuscrito, así como ha sucedido con el vertiginoso libro *Los amores amarillos* del estupendo Corbière –no sabemos cómo, a menos que sea por causa de LA MALDICIÓN que ha merecido no más heroicamente en verdad, que los versos de Rimbaud y Mallarmé. Preferimos proporcionarnos el gozo de leer este nuevo y precioso trozo inédito que referimos, según nuestro criterio, al periodo intermedio en cuestión.

DON DEL POEMA

¡Aquí te traigo el hijo de una noche idumea!
 Desplumada, con su ala que sangra y que negrea
 en los cristales, de oro y aromas abrasados,
 en los tristes aún, ¡ay!, vidrios empañados,
 cayó, sobre la lámpara angélica, la aurora.
 Cuando de la reliquia se ha hecho portadora
 para el padre que adversas sonrisas ha ensayado,
 la soledad azul y estéril ha temblado.
 ¡Ay, acoge la cuna, con tu hija, y la inocencia
 de vuestros pies helados una horrible nacencia!
 ¿Con tu voz clavicordios y viola imitarás,
 y con marchita mano el seno apretarás
 donde la mujer se ha hecho sibilina blanca
 para labios que de aire azul quieren hartura?

A decir verdad, este idilio fue malamente impreso (¡y muy malamente!) hacia fines del último reinado en un periódico *hebdomadario*, en extremo aburrido: *El correo del domingo*. Mas muy poca cosa podía significar aquel bombo al revés, puesto que, para todos los espíritus altos, el *Don del poema*, acusado de excentricidad alambicada, viene a ser la sublime dedicatoria con que un poeta superior ofrece a la mitad de su alma uno de esos horribles conatos a los que tanto se quiere, por más que ensayemos no amarlos, y para los que imaginamos toda la mayor protección, aun contra nosotros mismos.

El correo del domingo era republicano, liberal y protestante; pero republicano de gorro frigio encasquetado o monárquico del mejor cuño, o indiferente a cualquiera en la vida pública, ¿no es verdad –¡oh Stello!– que *nunc et semper et in secula*, el poeta sincero se halla maldito por el régimen de cada interés?

El ceño del poeta se frunce sobre el público, pero su visión se dilata, su corazón se robustece sin cerrarse a nada, y así, prelude su definida autoelección:

ESTA NOCHE

La sombra amenazaba ya con su fatal ley
 a un viejo Afán que mis vértebras ha deshecho;
 triste por perecer bajo el fúnebre techo
 sus alas posó en mí. ¡Ay, sala de carey
 y de ébano, capaz de sobornar a un rey,
 la Muerte las guirnaldas de gloria ha contrahecho
 y es mentira tu orgullo para el que satisfecho
 de fe, vive alejado de la equivocada grey!
 Sé que en la inmensidad de esta noche, la Tierra
 arroja un resplandor de misterio que yerra
 a través de los siglos, cual fulgido remedio.
 El idéntico espacio, anulado o crecido,
 a los testigos fuegos muestra desde su tedio
 que en un astro, entre fiestas, un genio se ha encendido.

En cuanto a este soneto: *La tumba de Edgar Poe*, como fuera flaqueza no honrarle más que con un horror pánico, ¿por qué no terminaríamos con él?

LA TUMBA DE EDGAR POE

Tal cual la Eternidad le reintegra y convierte
se alza el Vate con el hierro desenvainado.
No pudo comprender su siglo amedrentado
que en esa extraña voz triunfaba la Muerte.
Con aquel sobresalto de la Hidra que advierte
que el Ángel da a los términos un sentido elevado,
confiesan en voz alta el filtro que han tomado
en el caudal que alguna fuente sin honra vierte.
¡Hostiles a las nubes y al suelo, si la culpa
en la tumba de Poe no tiene quien la esculpa
en un bajorrelieve, adorno deslumbrante;
firme bloque caído en un desastre oscuro,
que tu granito, al menos, una meta levante
al vuelo de Blasfemias que surcan lo futuro!

¿No concreta este soneto la abstracción forzada de nuestro título? ¿No es ése, en términos sibilinos más que lapidarios, el único comentario que se puede hacer a tal asunto, bajo pena de ser también maldito –¡oh, gloria!– con Éstos?

Y de hecho, no perderemos de vista esta cita, que es de lo mejor, tanto por su clase como intrínsecamente.

Nos queda –ya lo sabemos– por completar el estudio acerca de Mallarmé y su obra. ¡Cuán gran placer, por pronto que tengamos que ultimar la tarea!

Todo el mundo (digno de saberlo) sabe que Mallarmé ha publicado en espléndidas ediciones *La tarde de un fauno*, ardiente fantasía en la que el Shakespeare de *Adonis* hubiera prendido fuego al Teócrito de las églogas más briosas, y el *Brindis fúnebre a Teófilo Gautier*, muy noble llanto sobre muy buen artífice. Esos poemas gozan ya de cierta publicidad; nos parece inútil citar nada de ellos. Inútil e impío. Sería demolerlos, hasta tal punto el Mallarmé definitivo es único. ¡Cortadle un pecho a una mujer hermosa!

Todo el mundo (el que ya hemos mencionado) conoce igualmente los bellos estudios lingüísticos de Mallarmé, sus *Dioses de Grecia* y sus admirables traducciones de Edgar Poe, precisamente.

Mallarmé trabaja en hacer un libro, cuya profundidad no sorprenderá a nadie menos de lo que su esplendor le deslumbre, salvo a los ciegos. Pero ¿cuándo, por fin, querido amigo?

Parémonos. El elogio, como los diluvios, se detiene en ciertas cumbres.

IV. Marceline Desbordes Valmore

A pesar, cierto es, de dos artículos, uno muy controvertido de ese maravilloso Sainte-Beuve, el otro quizás –¿Nos atreveremos a decirlo?– un poco corto de Baudelaire; a despecho asimismo de cierta buena opinión pública que de ningún modo la asimila a Luisa Collet, Amable Tastu, Anaïs Segalas y otras marisabidillas literarias sin importancia (olvidamos a Loïsa Puget, por otra parte, divertida, según parece, para los que gustan de esa nota), Marceline Desbordes Valmore es digna por su oscuridad aparente, y también absoluta, de figurar entre nuestros Poetas Malditos, y es para nosotros, desde luego, un deber imperioso hablar de ella lo más extensamente que podamos y con el mayor detalle.

El señor Barbey d’Aurevilly, ha tiempo, la sacó de fila y señaló en ella, con esa extraña competencia que posee, sus rarezas, y también su verdadera competencia, por más que fuera femenina.

En cuanto a nosotros, tan curiosos de buenos o bellos versos, sin embargo, la ignorábamos, contentándonos con las palabras de los maestros, cuando precisamente Arthur Rimbaud entró en relación con nosotros, obligándonos casi a leer todo aquello que juzgábamos era un fárrago con alguna belleza entremedias.

Nuestra extrañeza fue grande y requiere lugar para ser explicada.

Primero, Marceline Desbordes Valmore era del Norte y no del Mediodía, matiz que resulta más matiz de lo que se piensa. Del Norte crudo, del Norte bueno (el Mediodía, tostado siempre, está siempre mejor, pero ese mejor, sobre todo; quizá sea el enemigo de lo verdaderamente bueno) –y esto nos plugo, a nosotros del Norte crudo también– ¿está ya claro?

Además, ninguna pedantería, y un lenguaje suficiente y bastante esfuerzo para no aparecer sin interés. Algunas citas darán fe de lo que llamamos nuestra sagacidad.

En espera de ellas, ¿por qué no hemos de volver sobre la ausencia total del Mediodía en esa obra relativamente considerable? Y, sin embargo, cuán ardientemente ha comprendido el Norte español (¿pero no tiene España una flema y un empaque más fríos que todo britanismo?), aquel Norte

¡Donde a sentarse vienen las fervientes Españas!

Cierto, nada del énfasis, de la cursilería y la mala fe que hay que deplorar en las obras más incontestables de ultra-Loira. Y, empero, ¡qué cálidos son sus cantos de juventud, sus recuerdos de mujer hecha y derecha, sus temblores maternos! ¡Dulce y sincero y... todo lo demás! ¡Qué paisajes, qué amor a los paisajes! ¡Y qué pasión más casta, discreta y no por eso menos fuerte y conmovedora!

Hemos dicho que el lenguaje de Marceline Desbordes Valmore era suficiente; debimos decir: muy suficiente; mas tenemos tal purismo y pedantería que añadiremos a quien nos

llame decadente (injuria, entre paréntesis, pintoresca, “muy otoño”, “muy sol poniente”, digna de recogerse en suma) que algunas ñoñerías, mas ninguna ingenuidad, pueden tropezar en nuestros prejuicios de escritor con miras a lo impecable. La verdad de nuestra rectificación estallará en el curso de las citas que vamos a prodigar.

Pero, acerca de la pasión casta pero fuerte que señalábamos; acerca de la emoción casi excesiva que hemos exaltado –sin exceso, momento es de decirlo– después de una lectura dolorosa a fuerza de ser concienzuda de nuestros primeros párrafos, sostenemos nuestra opinión.

Y la prueba aquí está:

UNA CARTA DE MUJER

Te escribo, aunque ya sé que ninguna mujer
debe escribir;
lo hago, para que lejos en mi alma puedas leer
cómo al partir.
No he de trazar un signo que en ti mejor grabado
no exista ya.
De quien se ama, el vocablo cien veces pronunciado
nuevo será.
La dicha sea contigo; yo sólo he de esperar,
y aunque distante,
yo me siento ir a ti para ver y escuchar
tu paso errante.
¡Jamás la golondrina al cruzar el sendero
pueda apartarte!
Será mi fiel cariño que pasará ligero
para rozarte...
Tú te vas, como todo se va... Su éxodo emprenden
la luz, la flor;
el estío te sigue; las tormentas sorprenden
mi triste amor.
De esperanza y zozobra suspira mientras tanto
el que no ve...
Repartámoslo bien: a mí me queda el llanto,
a ti la fe.
Yo no quiero que sufras, que está muy arraigado
mi amor por ti.
Quien desea dolores para el ser adorado
guarda odio a sí.

¡Cuán divino es! Mas, esperad.

DIA DE ORIENTE

Era un día gemelo de aquel hermoso día
que por quemarlo todo, el amor encendía.

Fue el día sin igual, de caridad divina
 en cuya azul atmósfera la eternidad camina
 y en la cual, liberada de su peso extenuante,
 la tierra se divierte como un cándido infante.
 Había por doquier, como un maternal beso;
 en la hora fugaz, un muy largo embeleso.
 ¡Hora de aves, de sol, de fragancias, de olvido,
 de lo que no sea el bien a nada parecido...!

.....
 Era un día gemelo de aquel hermoso día
 que por quemarlo todo, el amor encendía.

Nos impondremos alguna restricción, reservándonos citas de otro orden.

Y, antes de pasar a examinar sublimidades más severas, si cabe hablar así de una parte de la obra de esta mujer adorablemente tierna, dejadnos que, con lágrimas en los ojos, recitemos con la pluma este

RENUNCIAMIENTO

Perdonadme, Señor, mi semblante afligido;
 bajo la feliz frente colocasteis las lágrimas:
 de tus dones, Señor, es el que no he perdido.
 Don menos codiciado, quizá sea el mejor.
 Yo ya no he de morir en vínculo de encanto;
 os los devuelvo todos, ¡ay, adorado Autor
 para mí sólo tengo la sal que deja el llanto!
 A los niños las flores, a la mujer la sal;
 para que la limpiéis mi vida he de entregaros,
 cuando esta sal, Señor, lave mi alma, lustral,
 volvedme el corazón, para siempre adoraros.
 Toda extrañeza mía del mundo se ha extinguido
 y se despidió el alma dispuesta ya a volar
 para alcanzar el fruto, al misterio cogido,
 que la púdica Muerte sólo ha de cosechar.
 Señor, con otras madres sé tierno mientras tanto,
 por la tuya y por lastima de esta pena que ves...
 Bautízales los hijos con nuestro amargo llanto
 y levanta a los míos caídos a tus pies.

¡Con cuánto sobrepasa esta tristeza a la de Olimpio, y a aquella otra para Olimpio, a pesar de todo lo hermosos (el último sobre todo) que son ambos poemas orgullosos! Raros lectores, perdonadnos, en el umbral de otros santuarios de esta iglesia de las cien capillas que representa la obra de Marceline Desbordes Valmore, el que os hagamos cantar con nosotros, y aún después de nosotros:

Sombra apagada y dulce sea mi nombre en tanto,
 que no cause jamás ni el dolor ni el espanto;

que un pobre se le lleve, después de haberme hablado,
y le guarde en su triste corazón consolado.

¿Nos perdonáis?

Ahora, vamos a la madre, a la hija, a la muchacha, a la inquieta si que también sincera cristiana que fue la poetisa Marceline Desbordes Valmore.

Hemos dicho que ensayaríamos hablar de la poetisa en todos sus aspectos.

Procedemos con orden, y así estaremos seguros de que quedaréis contentos con el mayor número posible de ejemplos. En consecuencia, he aquí muestras abusivamente largas, primero de la jovencita romántica de 1820 y de un Parny superior con una forma apenas diferentes, permaneciendo, empero, regularmente original:

LA INQUIETUD

¿Qué es, pues, lo que me turba y qué es lo que me espera?
En el pueblo, me aburro; me apena la ciudad.
Los goces de mi edad
no me alivian el tiempo que nunca se acelera.
No ha mucho, la amistad, la estudiosa virtud,
llenaban, sin esfuerzo, mis ocios apacibles.
¿Qué objeto tendrán mis deseos indecibles?
Lo ignoro y lo persigo con creciente inquietud.
Si para mí la dicha no era la alegría,
y hoy, teniendo las lágrimas igual que la locura,
si tampoco la encuentro en mi melancolía,
¿dónde hallar la ventura?

.....

Después, se dirige a su “Razón”. Conjurándola y abjurando de ella a un tiempo, gentilmente. Además, admiramos, por otra parte, ese monólogo de un Corneille que fuera más tierno que Racine, pero digno y altanero como el estilo de los dos grandes poetas, con muy distinto giro.

Entre mil donaires un poco afectados, nunca sosos y siempre sorprendentes, os suplicamos que admitáis en este rápido recorrido algunos versos aislados, extraídos de propósito para llevaros al conjunto:

.....

Ocúltame tus ojos llenos de alma y de pena.

.....

Con sombrero de flores; soy el Gozo en persona.

.....

¡Ay, corazón ilógico, para ti mismo enigma!

.....

En mi seguridad no ves más que un delirio.

.....
 ¿Harto débil esclavo, me quieres atender?
 Escucha; te perdona y absuelve mi razón.
 Devuélvele sus llantos. ¿Verdad?... Vas a ceder.
 ¡Ay, no! ¡Siempre no! ¡Todo, tómallo, corazón!

Respecto a La plegaria perdida, composición a la que pertenecen estos últimos versos, pedimos perdón por la palabra donaire, con la que más arriba los calificábamos. Con Marceline Desbordes Valmore nunca se sabe lo que se debe decir o callar, tanta es la turbación deliciosa que nos produce su genio encantador, él mismo encantado.

Si, rivalizando con los mejores elegíacos, alguna vez la pasión ha sido bien expresada, es sin duda en estos trozos, a los que no quiero juzgar.

De las amistades tan puras y de los amores tan castos de esta mujer tierna y altiva, ¿qué podré hacer mejor que aconsejar que sea recogido por la lectura el reflejo de ellos que hay en su obra? Escuchad, aún, estos dos pequeños trozos:

LOS DOS AMORES

Era el Amor más alocado que hondo;
 su débil flecha el corazón rozando,
 ligera fue como un gran embuste.

Ofrecía el placer sin hablar de ventura.

En tus ojos fue donde vi que había otro amor.

Ese olvido completo de sí mismo,
 ese afán del amor por sólo amar,
 y que el vocablo “amar” nunca puede expresarse,
 está en tu corazón y el mío lo adivina.
 Siento en tus arrebatos y en mi fidelidad
 que a la vez significa dicha y eternidad
 y todo el poderío de la fuerza divina...

LAS DOS AMISTADES

Dos amistades hay, igual que dos amores:
 una es como la imprudencia,
 como los niños reidores.

Y con todo encanto, es descrita divinamente una amistad de niñas:

.....
 Luego, la otra amistad, más grave, más austera,

se escoge con misterio y exige larga espera.

.....

Temiendo lastimarse va apartando las flores.

.....

Ve con ajenos ojos y a sus actos se atiende;
siempre acecha y nunca previene.

He aquí ya la nota grave.

¡Ay! ¿Por qué tendremos que limitarnos en este estudio al terminarle? ¡Cuántas maravillas locales y cordiales! ¡Qué paisajes de Arras y de Douai! ¡Qué bordes de la Escarpa! ¡Cuán dulces y razonablemente extrañas (ya nos entendemos y nos comprendéis) son esas jóvenes Albertinas, Ineses, Ondinas, y esa Lady Galines, y esas expresiones bello país, fresca cuna, aire puro de mi comarca verde, bendito seas, amable punto del universo!

Mas, debemos atenernos a los justos (o mejor dicho, injustos) límites que la fría lógica impone a las dimensiones requeridas por este pequeño libro, al hacer este pobre examen de una poetisa verdaderamente grande. Sin embargo, es una lástima no poder citar sino fragmentos como éstos, escritos mucho antes de que Lamertine resplandeciera, y que parecen –insistamos en ello– de un Parny casto, apacible y superior en este género tierno:

De lo tarde que es ya estoy alarmada.
El tiempo cual relámpago ha huido;
doce veces la hora el aire ha herido,
¡y todavía junto a ti sentada!
No he sentido un momento soñoliento desmayo,
creía ver aún del dulce sol un rayo
y me cuesta creer que haya un ave que duerma.
¡Para dormir harto hermoso está esto!

.....

Haz por no despertar al perro adormecido;
le serías desconocido
y, ladrando, a mi madre diría mi imprudencia.

.....

Escucha, vete ya y déjame la mano.
Son la doce...

¡Cuán puro es ese “déjame la mano”, y cuán amorosa la advertencia “Son las doce”, después de ese rayo de sol que todavía cree ver!

Suspirando, dejemos a la muchacha. A la mujer la entrevimos en las anteriores menciones. ¡Qué mujer! ¡Qué amiga! ¡Ah, versos a la muerte de Madame de Girardin!

Ha cerrado la muerte los más bonitos ojos.

La madre:

Cuando he reñido a mi hijo me escondo y lloro a solas.

Y cuando ese hijo va al colegio lanza un grito terrible –¿verdad?

¡Ay, candor de mi hijo, qué van a hacer contigo!

Lo menos ignorado de Marceline Desbordes Valmore, son sus fábulas adorables, muy personales, aun después del amargo La Fontaine y del lindo Florian:

El niño pequeñito marchaba hacia el colegio
le habían dicho ¡anda! y obedecer quería.

Y “El Pequeño Miedoso” y “El Pequeño Embustero”.

Os suplicamos que reparéis en gentilezas que ni son sosas ni afectadas:

Si mi niño me quiere

canta “la Adormecedora” que aquí es –y mucho mejor– “la Brizadora”.

Hasta el mismo Dios dirá;
al niño que duerme adoro;
tráiganle un ensueño de oro.

Después de haber comprobado que Marceline Desbordes Valmore ha sido, entre los poetas contemporáneos, quien primero ha empleado con la mayor fortuna los ritmos desusados, entre otros el de once pies, muy artista sin saberlo demasiado, nos queda resumir nuestra admiración con esta cita admirable:

LOS SOLLOZOS

¡El infierno está aquí! El otro no me asusta.
Empero, el purgatorio mi corazón disgusta.
De él me han hablado mucho y su nombre funesto
en mi corazón débil ha encontrado su puesto.
Cuando la ola de días va agostando mi flor,
el purgatorio veo al perder el color.
¡Si es cierto lo que dicen, es preciso ir allí,
Dios de toda existencia, para llegar a ti!
Allí habrá que bajar, sin más luna ni luz
que el peso del temor y del amor la cruz.
Para oír cómo gimen las almas condenadas
sin poderles decir “¡Estáis ya perdonadas!”
¡Dolor de los dolores; no poder agotar
los sollozos que intentan por doquiera brotar!
De noche tropezar en celdas intranquilas
que ningún alba tiñe con sus claras pupilas.

Ni poder decir al Señor incomprendido:
“¡Ay, Salvador de mi alma!, ¿es que aún no has venido?”
Me escondo; tengo miedo de tener miedo y frío,
como el ave caída teme por su albedrío.
A un recuerdo mis brazos vuelvo a abrir tristemente,
y mi alma más cercana el purgatorio siente.
Sueño que estoy en él, tras la muerte llevada,
como una esclava indócil, al fin de la jornada,
cubriendo con las manos el semblante abatido,
pisando el corazón, por tierra malherido.
Allí voy; precediéndome, mi llegada proclamo
y no oso desear nada de lo que amo.
Y este corazón mío no tendrá más dulzura
que los lejanos ecos de su antigua ventura.
Cielos, ¿adónde iré
sin pies para huir?
¿Adónde llamaré
sin llave para abrir?
Mientras el fallo eterno rechace mi plegaria
no arderá ante mis ojos ninguna luminaria.
No he de ver más escenas mundanas y horrorosas
que abatan mis humildes miradas dolorosas.
¡No gozaré del sol! ¿Por qué?... La luz querida
para el mal en la tierra, empero, está encendida.
Ve el culpable que a la horca su delito conduce
el saludo del orbe que se divierte y luce.
¡En los aires no hay pájaros! ¡No hay fuego en el hogar!
¡Y ni un Ave María reza el aura al pasar!
Para el junco del lago no hay un soplo viviente
ni aire para que exista un átomo viviente.
Ni el zumo de las frutas que ofrecen su frescura
al ingrato, tendré en mi sed y calentura.
Del corazón ausente que me hará padecer
acumularé el llanto que no puedo verter.
Cielos, ¿adónde iré
sin pies para huir?
¿Adónde llamaré
sin llave para abrir?
¡No más recuerdos de esos que me embargan de llanto
tan vivos, que viviera yo siempre de su encanto!
¡No más familia dulce, sentada en el umbral
que bendice cantando el sueño patriarcal!
¡Ni más voz adorada, cuya gracia invencible
hasta la Nada absurda tornaría sensible!
No más libros divinos desde el cielo exfoliados,
conciertos para el alma por la vista escuchados.
Y no osando morir tampoco oso vivir

ni buscar en la muerte quién me ha de redimir.
 ¿Por qué hay sobre las cunas, padres, la flor de un hijo
 si al árbol y al arbusto siempre el cielo maldijo?
 Cielos, ¿adónde iré
 sin pies para huir?
 ¿Adónde llamaré
 sin llave para abrir?
 ¡Bajo la cruz se inclina el alma prosternada,
 del dolor de nacer con morir castigada!
 Mas no tengo en la muerte si me siento expirar
 ni una lejana voz que aconseje esperar.
 ¡Si en el cielo apagado alguna estrella pálida
 esta melancolía besara con luz cálida!
 ¡Si bajo las sombrías bóvedas del horror
 viera cómo me ven dos ojos con amor!
 ¡Ay, sería mi madre, intrépida y bendita,
 que bajaría a ver a su hija precita!
 ¡Sí; mi madre podría al Dios justo ablandar
 y ella me sacaría del horrible lugar!
 De la esperanza joven alzaría el fuerte viento
 al fruto derribado por tanto sufrimiento.
 Sentiría sus brazos, dulces, fuertes y hermosos,
 arrastrarme, abrazada con ímpetus briosos.
 El aire auxiliaría a mis alas nacientes
 como a las golondrinas libres e independientes.
 Huiría para siempre, pues mi madre al partir
 viva me llevaría hacia lo porvenir.
 Mas antes de pasar las mortales fronteras
 otras almas quisiéramos tener por compañeras.
 Y en aquel campo fúnebre en que dejaba flores
 y el aroma que exhalan los llantos de dolores
 caeríamos, solícitas, entusiastas y ardientes,
 gritando “¡Acompañadnos!” a las almas dolientes.
 “¿Venís hacia el estío en que ha de retoñar
 el amor en que no hay que morir ni llorar?
 ¡Con Dios y sus palomas venid en santos vuelos!
 ¡Dejad vuestros sudarios; no hay tumbas en los cielos!
 ¡El sepulcro está roto por la eterna pasión!
 ¡Mi madre nos concibe en la eterna mansión!”

Al llegar a esto, se nos cae la pluma de las manos, y algunas deliciosas lágrimas mojan nuestras patas de mosca. ¡No nos sentimos capaces de hacer disección de semejante ángel!

Y pedantes, ya que es nuestro lamentable oficio, proclamamos en voz alta e inteligible que Marceline Desbordes Valmore es sencillamente –con George Sand, tan diferente, dura, no sin encantadoras indulgencias, dotada de un alto sentido común, de arrogante y hasta

podríamos decir de viril continente– la única mujer de genio y de talento de este siglo, y de todos los siglos, en compañía de Safo, quizá, y de Santa Teresa.

V. Villiers de l'Isle-Adam

“No se debe escribir sino para el mundo entero...”

“Además, ¿qué puede importarnos la justicia? Aquel que al nacer no albergue en su pecho su propia gloria, jamás conocerá el significado de esta expresión.”

Estas palabras, extraídas del prefacio de *La Rebeldía* (1870), presentan a Villiers totalmente, al hombre y a la obra.

Orgullo inmenso, justificado.

Todo el París literario y artístico, nocturno con preferencia, pero nocturno dignamente, siempre más bien rezagado y distraído en bellas discusiones que aficionado a las alegrías que alumbran las íntimas luces de gas, le conoce, y si no le ama, admira a este hombre genial; y quizá no le ame porque sea menester que, sobre todo, le admire.

El pelo largo y canoso, el rostro ancho a propósito –diríase– para el agrandamiento de sus ojos magníficamente vagos; el bigote, de rey; el ademán frecuente y a mil leguas de la falta de belleza, a veces extraño; su conversación es turbadora y una hilaridad súbitamente sacudida, alterna con las entonaciones más hermosas del mundo; voz de barítono lenta y calmosa, tornadiza, en notas de contralto conmovedora. ¡Y cuánta fantasía inefablemente inquietante! A veces, pasa el terror entre sus paradojas, y ese terror parece compartido por quien narra; mas luego, tanto él como los que le escuchan, se desternillan riendo; tal es su gracia original y su fuerza cómica. Todas las opiniones necesarias y nada de canto puede fatigar al pensamiento, desfilan en la corriente mágica de su conversación. Y cuando Villiers se va, nos deja un negro vacío, en el que bulle el recuerdo simultáneo de unos fuegos artificiales, de un incendio, de unos relámpagos y ¡del sol!

Muy difícil es dar cuenta y aun darse cuenta uno mismo de la obra, rarísima y menos fácil de encontrar que el obrero. Penoso resulta hallarla, ya que por desdén al bullicio y también por razones de alta indolencia, el poeta hidalgo ha descuidado, atento sólo a la gloria, la chirle publicidad.

Siendo niño empezó a escribir versos soberbios. Pero, ¡vaya usted a buscarlos! ¡Cualquiera encuentra *Morgane*, *Elen* –dramas como hacen pocos los grandes dramaturgos– y *Clara Lenoir*, novela única en el siglo! ¡Y todo lo demás, y las últimas producciones *Axel* y *La Eva futura*, obras maestras, puras obras maestras durante años interrumpidas y nuevamente levantadas, como las catedrales y las revoluciones, altas como ellas!

Afortunadamente; Villiers nos promete una gran edición de sus obras completas –seis tomos– para dentro de poco.

Aunque Villiers sea ya muy GLORIOSO y aunque su nombre, destinado a la mayor resonancia, camina hacia una posteridad sin fin, no obstante, le incluimos entre los *Poetas*

malditos, PORQUE NO ES LO BASTANTE GLORIOSO en esta época, la cual debería estar a sus pies.

Observad, pues, que para nosotros, como para muchos espíritus selectos, la Academia Francesa –que ha dado a Leconte de Lisle el sillón del celebre Víctor Hugo, el cual, hablando francamente, fue un ejemplar de gran poeta– tiene en su seno lo bueno y lo mejor. Y ya que los Inmortales del otro lado del Puente de las Artes han consagrado la tradición de un gran poeta reemplazado por otro gran poeta después de un poeta considerable como Nepomuceno Lemercier, que reemplazaba no sabemos a quién, creemos que a la muerte del poeta clásico y bárbaro, que deseamos acaezca lo más tarde posible, llene su vacante el señor conde de Villiers de l’Isle Adam. Le recomiendan y abonan su enorme título nobiliario y, sobre todo, el inmenso talento, el fabuloso genio de ese encantador camarada, de ese cumplido hombre de mundo, sin los inconvenientes que pudiera tener un Villiers de l’Isle Adam a secas.

Citemos ahora, y lo mejor posible *namely*, la “escena muda” de *La Rebeldía*.

El reloj, encima de la puerta, da la una de la madrugada, música sombría; después, entre grandes pausas, suenan las dos, las dos y media; luego las tres, las tres y media, y finalmente, las cuatro. Félix permanece desmayado. Despunta el alba en los cristales; las bujías se extinguen; una arandela se hace pedazos ella sola, la lumbre palidece.

La puerta del fondo se abre violentamente, y Madame Elizabeth, temblorosa, entra, espantosamente pálida; oprime un pañuelo contra su boca. Sin ver a su marido, se dirige lentamente hacia el butacón, cabe a la chimenea. Arroja su sombrero, y oprimiéndose la frente con las manos, se sienta de golpe, con los ojos fijos, y empieza a soñar en voz baja. Tiene frío; castañetean sus dientes y tiritita todo su cuerpo.

Y la escena X del acto tercero del *Nuevo Mundo*, en la cual, después de una exposición muy ingeniosa y elocuente de los perjuicios financieros de los terratenientes ingleses en América, todo el mundo habla al mismo tiempo, como se indica en nuestro texto:

TODOS HABLAN AL MISMO TIEMPO:

EFFIE, NOELIA, MAUD, *entonando un salmo.*

“Super flumina Babilonis...”

EL OFICIAL, *detrás de Tom Burnett, de pie sobre un escabel y con una chillona volubilidad, dominando el salmo.*

Tarde llegáis, Sir Tom. Es hoy el día del regreso. Positivamente, os habéis retrasado. Os habéis perdido algunos asuntos con los exploradores alemanes. Os cuesta ciento sesenta y tres táleres, que pronuncian ellos dólares.

(Cantan las aves entre el follaje.)

EFFIE, MAUD, NOELIA, *más fuerte.*

“Sedemis et flebimus...”

EL OFICIAL, *chillando al oído de Tom Burnett.*

... Y con los negociantes de Filadelfia! ¡Hay pingües derechos que percibir! En cuanto a las operaciones industriales, he aquí el estado...

EL CHEROKOE, *sentado en un barril.*
 ¡Qué bueno es beber vino! ¡Jarabe de ácer en flor!

EL CUÁQUERO EADIE, *leyendo en voz alta.*
 Las aves se despiertan de dormir su siesta y reanudan sus himnos. Todo en la naturaleza...

(*Ladra el dogo.*)
 EL TENIENTE HARRIS, *designando a Tom Burnett.*
 ¡Silencio! ¡Dejadle que hable!

UN PIEL-ROJA, *confidencialmente a un grupo de negros.*
 Cuando veas abejas es que vienen blancos; cuando veas al bisonte, viene el indio detrás.

EL SEÑOR O'KEENE, *a un grupo.*
 Dicen que han ocurrido en Boston cosas horribles. Figuraos...

TOM BURNETT, *fuera de sí, al oficial.*
 ¡Retrasado! ¡Ay, es mi ruina! ¡Ya es hora de que todo se acabe! ¡Tasadme hasta el aire que respiro! ¿Por qué no me prendéis en la selva, ahora mismo? ¿Por qué vivirá uno para ver estas cosas? ¡De mucho le sirve a nadie ser una persona decente! Positivamente mejor se está con los Mohowks.

(*Furioso, a las mujeres.*)
 ¡Ay, ese salmo!

(*Unos monos se columpian en los bejucos.*)
 UN COMANCHE, *mirándolos, aparte.*
 ¿Por qué podría el Hombre-de-Arriba al piel-roja en medio y los blancos alrededor?

MAUD, *de sopetón, con los ojos levantados hacia el cielo y mostrando a Tom Burnett.*
 ¡Cuánta elocuencia le presta el Espíritu Santo!
 (*El presente conjunto debe realizarse con una celeridad de medio minuto para cada escena. Debe ser uno de esos momentos de confusión en que la muchedumbre toma la palabra.*
Explosión súbita de un vocerío en el que sólo se distinguen las palabras "dólares", "salmos", "retrasado", "Babylonis", "siesta", mezcladas a los ladridos, a las greguerías infantiles y a los chirridos de los loros. Los monos, asustados, huyen de rama en rama, las aves atraviesan la escena y vuelan de un lado a otro.)

Muy amargamente han sido criticadas con befa estas dos escenas que citamos a propósito para que cuadre bien nuestro título con nuestro asunto.

Y sin razón lo han sido, ya que era necesario comprender que el Teatro, que es algo de convención *relativa*, debe hacer al poeta moderno las concesiones que no ha podido por menos de otorgar a los antiguos.

Expliquémonos.

No se trata de una cosa de Shakespeare, con sus postes indicadores, ni del Teatro español, con sus *jornadas*, que a veces suponen muchísimos años.

No; nos retrotrae más bien al padre Corneille, tan escrupuloso; al no menos correcto que delicado Racine y a Moliere, correcto como el uno y ternísimo como el otro. La unidad del lugar, rota a veces por el último, no cede el campo sino a la unidad de tiempo, igualmente violada.

Ahora bien, lo que Villiers ha *querido* hacer en esas dos escenas que acabamos de ofreceros, es aprovechar, en la primera, todo cuanto las Tablas permitían a los tres clásicos franceses, cuando su drama tropezaba con situaciones poco favorables a ajustarse a las veinticuatro horas de la recomendación atribuida al difunto Aristóteles; y en la segunda, explotar la tolerancia de la que aquéllos no han querido hacer uso, en lo concerniente a un estado de cosas más rápido que la sucesión oral, en cierto modo; tolerancia que explota la música todos los días con sus dúos, tríos y tutti, y la pintura con sus perspectivas.

¡Pero no! Prohibido le está al genio contemporáneo hacer cuanto hacía el genio antiguo. La gente se ha reído mucho de la ESCENA MUDA y de LA ESCENA EN QUE TODOS HABLAN, y por mucho tiempo seguirá en su hilaridad. Sin embargo, acabamos de probaros irrefutablemente, y nadie duda de que convendréis que Villiers no sólo tenía derecho, sino cien veces razón muy sobrada para escribirlas, y hubiera sido mil veces culpa en él no escribirlas. *Durus rex, sed rex.*

Recordemos que la obra de Villiers va a publicarse y mucho esperamos que EL ÉXITO – ¡sabéis!– el éxito, levante la maldición que pesa sobre el admirable poeta del que sentimos dejar de ocuparnos, si no fuera esperando la ocasión de enviarle la más cordial de las palabras de aliento: “¡Ánimo!”

No hablaremos de los *Cuentos crueles*, porque este libro ya se ha abierto camino. Se encuentran en él versos asaz raros de la madurez del poeta, poemas pequeñitos y de saborcillo amargo, dirigidos o hechos acerca de alguna mujer antaño querida, hoy probable o seguramente despreciada –cosa que dicen que no es difícil que suceda.

Presentaremos estos cortos extractos:

DESPERTAR

¡Ah, tú que me intimidas tanto,
tengo el secreto de tu abismo!

.....

¡Olvidada en tu invierno seas!

ADIÓS

Bajo tus velos sufro un vértigo
que lleva mi frente a tus brazos

.....

y tu cabellera de luto
ya no da sombra a mis ensueños.

ENCUENTRO

Agitabas tu antorcha oscura.
 No sospechabas estar muerta.
 ¡Mi corazón forjó una puerta
 y tiene una huesa segura!

.....
 ¡No resucitarás nunca!

Pero –¡ay!– no podemos prescindir de poner bajo vuestros ojos una composición completa. Como en *Isis*, en *Morgane*, en el *Nuevo Mundo* y en *Clara Lenoir*, como en todas sus obras, Villiers evoca en ella un espectro de mujer misteriosa, reina del orgullo, sombría y arrogante como la noche, ya un poco crepuscular y con reflejos de sangre y de oro en su belleza y en su alma.

A ORILLAS DEL MAR

Al salir de aquel baile dejamos nuestras huellas
 en playas que a un destierro conducen al azar.
 Una flor en su mano se acaba de ajar.
 Era una hermosa noche de ensueños y de estrellas.
 Rompiéndose en la sombra oleajes enlutados
 hacia el ópalo atlántico y la áurea lejanía.
 El ultramar sus luces místicas expandía.
 Las algas perfumaban los ámbitos helados.
 En la escarpa, los ecos sonaban mientras tanto;
 con la espuma rizaba la onda volutas locas
 y, densa, acometía el bronce de las rocas.
 Brillaban en la duna cruces de un camposanto.
 Su silencio acallaba del mar la baraúnda.
 No tenían las cruces por el mar ultrajadas
 ni coronas de duelo, ni flores; arrastradas
 fueron por la tormenta que retumbando inunda.
 En declive, las tumbas desde el mar, cuesta arriba,
 bajo la niebla oían que la sombra a lo arcano
 del infinito sueño interrogaba en vano.
 Él, callaba el secreto de la ley decisiva.
 Friolenta, cubrió con un oscuro chal
 su seno, egregio exilio de muchos agasajos;
 y admiré a la mujer de los párpados bajos,
 esfinge cruel y aciaga, pesadilla fatal.
 Mata a los niños sólo con su mirada atroz
 y sobrevive a todo aquello que destruye.
 La amamos porque a ello la Noche contribuye.
 Los que la tratan de ella hablan a media voz.
 La reviste el peligro de un nimbo familiar,
 y aun en su tierno abrazo que quiere desmentir
 sus crímenes, parece al evocarlos, oír

culatas de fusiles que van a ejecutar.
Tras el oprobio ilustre que, empero, la sujeta;
bajo el duelo en que goza su alma sin ardor,
todavía descansa un virginal candor
como un lirio en el ébano de bruñida bujeta.
Atenta, prestó oído al tumulto del mar,
bajó su hermosa frente que los años besaron
y en dolorosos términos sus labios declararon
su lóbrego destino que duele recordar:
«Hace ya mucho tiempo, cuando yo sostenía
»trato con los vivientes y escuché sus ternuras,
»igual que el mar bravío junto a esas sepulturas
»con ira lamentáronse de mi pétrea apatía.
»He visto más de un largo adiós agonizar
»en mis manos que acogen sin odio ni emoción
»de las almas en pena la humilde confesión.
»No devuelven sus besos los sepulcros al mar.
»Yo soy toda silencio. La emoción no me alcanza;
»no tiene amor mi vida ni mis días sentido.
»Me han negado los cielos el sagrado latido;
»para mí han falseado el peso en la balanza.
»Y cuando yo fallezca, sé muy bien que mi suerte
»no será la de otros que en fiestas o tormentos
»van buscando unas flores en turbiones violentos.
»Como no los comprendo descansaré en la muerte.»
Me incliné ante las cruces pálidas, luminosas.
La extensión anunciaba el alba y aplacar
quise aquel tenebroso e incurable pesar
que hirió el remordimiento con ráfagas furiosas.
Como ante el mar desierto y henchido le dijera:
«Bailando exenta estabais de esa melancolía,
»y en cristalina plástica vuestra alma adormecía
»a la sierpe enroscada de vuestra áurea pulsera.
»Riendo y aspirando unos ramos de rosas
»bajo los rizos negros sujetos con diamantes,
»cuando el vals nos llevó juntos unos instantes
»vuestros ojos brillaron sin llamas angustiosas.
»Con gusto vi el placer que bajo el arrebol
»encendía vuestra alma ya propicia al olvido
»y, al fin, prestaba luz al dolor distraído
»como un glaciar herido por un rayo de sol.»
En mí clavó su fúnebre mirada que me asombra
como la palidez de sus rasgos fatales
y dijo: «¿Soy como esos países boreales
»que han seis meses de luz y seis meses de sombra?
»Sabrás que las soberbias mutuamente cambiadas
»enturbian de los ojos la lectura precisa.

»Ámame, tú que sabes que bajo mi sonrisa
»soy semejante a esas tumbas abandonadas.»

Y con estos versos que hay que calificar de sublimes nos despediremos definitivamente –
¡maldito sea el poco espacio!– del amigo que los hizo.

VI. ¡Pobre Lelian!

Este Maldito sí que ha tenido el más melancólico de los destinos, y esta dulce expresión puede, en definitiva, caracterizar las desventuras de su existencia, hijas del candor de su carácter y de su irremediable debilidad de corazón, que le hicieron decir de sí mismo, en su libro *Sapientia*:

Y de ti, sobre todo, no vayas a olvidarte,
a rastras con tu abulia y tu simplicidad
por doquiera haya luchas o promesas de amarte,
de manera tan triste y alocada en verdad.

.....
¿No estará aún castigada esta torpe inocencia?

Y en su volumen *Caridad*, que acaba de salir:

Tienes furor de amar, corazón loco y débil.

.....
Del corazón no puedo ya contar las caídas.

Versos que encierran los elementos únicos –sabedlo bien– de esa tormenta que ha sido su vida.

Su infancia había sido feliz.

Tuvo unos padres excepcionales: un padre delicado, una madre encantadora –¡ay, muertos ya!– que le mimaban como a hijo único que era. No obstante, le pusieron muy pronto interno en un colegio, y allí empezó su derrota. Allí le vemos metido en su larga blusa negra, con la cabeza rapada, chupándose los dedos, de codos en la barrera que separaba en dos el patio de recreación, y que casi lloraba al jugar con los otros rapaces, ya empedernidos. Cuando fue de noche, huyó a su casa y fue reintegrado al colegio al día siguiente a fuerza de bollos y promesas. Después, en el *bahut* (colegio), se *depravó* y se hizo un endemoniado galopín, no muy malo, con muchas fantasías en la cabeza. Sus estudios fueron indiferentes, y terminó como pudo el bachillerato después de vagos éxitos, a pesar de su pereza, que no era más que precoz predisposición al ensueño. Ya sabrá la posteridad, si es que se ocupa de él, que el liceo Bonaparte, después Condorcet, después Fontanes, después *re-Condorcet*, fue el establecimiento en que se dejó las culeras de sus pantalones de chiquillo y de adolescente.

Una matrícula o dos en la escuela de Derecho y unos cuantos bocks bebidos en los *caboulots* de aquel tiempo, anticipaciones de las cervecerías de camareras actuales, completaron aquellas mediocres humanidades. Desde entonces empezó a hacer versos. Ya desde la edad de catorce años había rimado con toda su alma y había hecho cosas verdaderamente graciosas en el género obsceno-macabro. Después de apresurarse a quemar y dar al olvido aquellos ensayos informes y divertidos, publicó *Mala estrella*, después de algunas composiciones que le hubieran reservado un sitio en el primer *Parnaso* de Lemerre.

Esta colección de poemas –hablamos de *Mala estrella*– tuvo en la Prensa un bonito éxito de hostilidad. Pero ¿qué le importaba eso a la afición del Pobre Lelian a la poesía, verdadera afición o talento sin vuelta de hoja? Al año, hizo imprimir *Hacia Cíteres*, donde la crítica confesó haber notado muy importantes progresos. Hasta en el mundo de los poetas dio que hablar el tomito. Al otro año apareció un nuevo librejo titulado *Canastillo de boda*, en el que se proclamaban la gracia y el encanto de una novia. Y de entonces es la fecha de su “llaga”.

.....

Después de aquel mortal período salió *Sapientia*, ya anteriormente citada. Cuatro años después –en pleno huracán– le había tocado la vez a *Flauta y trompa*, volumen del que después se habló mucho porque contenía algunas partes bastante nuevas.

La conversión del Pobre Lelian al catolicismo, *Sapientia* anterior a ella y la ulterior aparición de una colección de cosas mezcladas, *Anteayer y ayer*, donde muchas notas de lo menos austero posible alternaban con poemas casi excesivamente místicos, produjeron en el mundillo de las verdaderas Letras una polémica cortés, pero viva. ¿No es libre un poeta para hacer cuanto quisiera con tal de que fuera bello y bien hecho, o debe acantonarse en determinado género so pretexto de unidad? Interrogado acerca de este punto por varios amigos suyos, nuestro autor, a pesar de su nativo horror a esta clase de consultas, contestó con una digresión bastante extensa, que nuestros lectores, por la ingenuidad que hay en ella, leerán quizá no sin interés.

He aquí el documento:

“Efectivamente, el poeta debe, como todo artista, buscar la unidad con relación a la intensidad, condición heroica indispensable. La unidad de tono (que no es la monotonía), un estilo reconocible en cualquier lugar de su obra, tomado indiferentemente, y ciertos ademanes y costumbres deben ser continuados; la unidad de pensamiento también, y aquí podría iniciarse un debate. En vez de abstracciones, tomemos sencillamente al poeta como campo de disputa. Su obra se divide, a partir de 1880, en dos porciones perfectamente diferenciadas, y en el propósito de continuar el sistema y publicar, si no simultáneamente (por otra parte, esto no depende más que de conveniencias eventuales y sale de la discusión), por lo menos paralelamente, obras de ideas absolutamente diferentes; para precisar: libros en los que el catolicismo despliega su lógica y sus atractivos, sus lisonjas y sus terrores, y otros que enternece, henchidos por el orgullo de la vida. Después de esto, ¿en qué queda la preconizada unidad de pensamiento?”

“Sin embargo, existe. Está, por el fuero humano o por el fuero católico, lo cual, para nosotros, es lo mismo. Soy creyente y soy pecador en mis pensamientos y en mis actos; creo y me arrepiento, en mi pensamiento, esperando algo mejor. Algunas veces creo, y en aquel momento soy buen cristiano; creo, y soy mal cristiano un instante después. El recuerdo, la esperanza, la invocación de un pecado me deleitan, con o sin remordimiento, algunas veces bajo la forma de Pecado y provistos de todas sus consecuencias casi siempre,

pues la carne y la sangre son fuertes, naturales y *animales*, para mí como para el primer librepensador en sus recuerdos, esperanzas e invocaciones. Semejante delectación es digna de ser extendida en el papel, y a cualquier escritor –él, usted o yo– nos place publicarla mejor o peor expresada, y al fin, la consignamos en forma literaria, olvidando todas las ideas religiosas o no perdiendo de vista ninguna de ellas. ¿Podremos ser condenados de buena fe como poetas? No, cien veces no. Que la conciencia del católico razone de una manera o de otra, eso no debe importarnos.”

“Ahora, ¿los versos católicos del Pobre Lelian alcanzan literalmente a los otros versos suyos? Sí, cien veces sí. El tono es el mismo en ambos casos; aquí sencillo y grave, allá floripondiado, lánguido, enervado y riante; pero igual por doquier, como el HOMBRE místico y sensual permanece siempre hombre intelectual en las diversas manifestaciones de un mismo pensamiento que tiene sus altos y bajos. Y el Pobre Lelian así se encuentra libre para hacer volúmenes de mera oración, absolutamente, al mismo tiempo que libros de mera impresión o sensación, cuando hacer lo contrario le estaría sobradamente permitido.”

.....

De entonces a acá, el Pobre Lelian ha hecho un pequeño libro de crítica –¡ay, de crítica; mejor dicho, de exaltación!– acerca de algunos poetas desconocidos. Ese libro llevaba por título *Los Menospreciados*; aún no estaban insertos en él, entre otras cosas, estos versos de un tal Arthur Rimbaud, que para Lelian eran el símbolo de ciertas fases de su propio destino:

EL CORAZÓN ROBADO

Mi corazón babea y popa
 de asco al cuartel y al caporal.
 Le echan cucharadas de sopa.
 Mi corazón babea y popa,
 entre las chanzas de la tropa,
 bajo una risa general.
 Mi corazón babea y popa
 de asco al cuartel y al caporal.
 Itifálicos, soldadescos,
 sus insultos le han depravado.
 Por la tarde dibujan frescos
 itifálicos, soldadescos.
 ¡Mares abracadabrantescos,
 que el corazón sea salvado!
 Itifálicos, soldadescos,
 sus insultos le han depravado.

CABEZA DE FAUNO

En la enramada que, florecida e incierta,
 es verde estuche de oro recamado

de flores donde duerme el beso, alerta
y mirando el primor de su bordado,
sus ojos alocados el fauno ostenta;
muerden sus dientes en la flor de llamas,
y como un vino añejo es su sangrienta
boca al sembrar sus risas entre ramas.
Deja, al huir como la ardilla adusta,
perlerías de risa en cada hoja,
y hace que, atento a un vuelo que le asusta,
con su áureo beso el bosque se recoja.

Entre contrariedades de toda índole prepara varios tomos. *Caridad* apareció en marzo último. Al lado va a salir de un momento a otro. El primero, continuación de *Sapientia*, es un libro de áspero y dulce catolicismo; el otro es una recopilación en verso de sensaciones de las más sinceras... y de las más osadas.

También ha visto impresas dos obras en prosa: *Los comentarios de Sócrates*, autobiografía un tanto generalizada, y *Clovis Labscure*, título principal de varios relatos. Una y otra serán proseguidas, si Dios quiere.

Tiene otros muchos proyectos, pero está enfermo, un poco desalentado, y os pide permiso para meterse en la cama.

—¡Ah, después, cuando ya esté repuesto, escribirá *Beatitudo*, y vivirá en consecuencia o lo intentará, que viene a ser lo mismo!